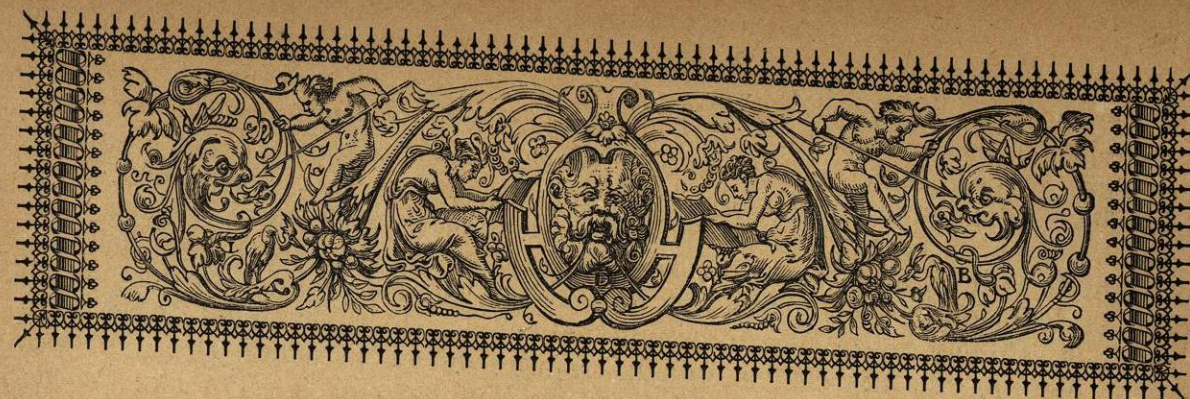


HISTORIA DE UN CRÍMEN

**HISTORIA DE UN CRÍMEN**



# HISTORIA DE UN CRÍMEN.

## PRIMERA JORNADA

### La alevosía.

1877.

Este libro no solo es de actualidad, sino también urgente; por eso lo publico.

Victor Hugo.

#### I.

#### Seguridad.

**L** 1.º de Diciembre de 1851, Charras se encogió de hombros y descargó las pistolas. Efectivamente, era humillante creer en la posibilidad de un golpe de Estado. La hipótesis de que Luis Bonaparte intentase una violencia ilegal, se desvanecía ante un maduro exámen. La cuestión de actualidad era la elección Devincq; el gobierno solo pensaba en ella. ¿Cómo creer que alguno pudiese abrigar el proyecto de atentar contra la República y contra el pueblo? ¿Qué hombre era capaz de ejecutar semejante delirio? Para representar una tragedia se necesita un buen actor, y Paris no lo tenía. ¿A falta de coloso podía ejecutar un enano las enormidades de violar el derecho, disolver la Asamblea, abolir la Cons-

TOMO III.

titucion, ahogar la República, aterrar la nacion, manchar la bandera, deshorrar el ejército, prostituir el clero y la magistratura? Todo esto es superior á un pigmeo; todo esto causaba risa. Para esas perversidades se necesita ser coloso. Para llegar á un 18 Brumario, es preciso haber pasado por una Arcole y divisar en lo futuro un Austerlitz. No cualquiera puede ser un gran bandido. El pueblo murmuraba: "¿Qué es este hijo de la reina Hortensia? Un hombre que tiene tras sí á Estrasburgo en vez de Arcole y á Boulogne en vez de Austerlitz; un francés nacido en Holanda y naturalizado en Suiza; un Bonaparte vapuleado en Verhuell. Solo célebre por el sitio que ocupa en la familia imperial, pero que el que arrancase una pluma á su águila se arriesgaria á encontrarse en las manos una pluma de ganso. Este Bonaparte no tiene carrera en el ejército; es una efigie contrahecha, que tiene más plomo que oro; y los soldados franceses no nos devolverán ciertamente en rebeliones, en matanzas y en traiciones el cambio de la moneda de este falso Napoleon. Cualquiera intentona que proyectase abortaria, sin conseguir sublevar ni un solo regimiento. Pero, ¿pretende intentar algo? Hay ocasiones en que indudablemente aparece á nuestros ojos con aspecto ambiguo; pero no por esto debe suponersele malvado. Atentados tan graves no están á su alcance: si materialmente es incapaz de ellos, moralmente no debe suponersele capaz. ¿No lo ha dicho, no ha

—A eso se concreta mi ambición.”

Transcurrieron tres años, desde 1848 á 1851. Durante mucho tiempo fué sospechoso Luis Bonaparte; pero la sospecha prolongada desconcierta la inteligencia y se desvanece durante cierto período cuando no puede comprobarse. Luis Bonaparte echó mano de ministros arteros, como Magne y Rouher, pero también tuvo ministros leales, como Leon Faucher y Odilon Barrot, y estos últimos afirmaban que era hombre probo y sincero. Le vieron darse golpes de pecho

ante la puerta de Ham; su hermana de leche Hortensia Comin escribía á Miroslawsky: *Soy buena republicana y res- pondo de él*; su amigo de Ham, Peauger, que era hombre leal, decía: *Luis Bonaparte es incapaz de hacer traición*. Luis Bonaparte había escrito el libro del *Pauperismo*. En los círculos íntimos de su palacio del Eliseo, el conde Potocki era republicano y el conde Orsay liberal. Luis Bonaparte decía á Potocki: *Soy demócrata*, y al conde de Orsay: *Soy liberal*. El marqués de Hallay estaba contra el golpe de Estado, y la marquesa, su esposa, en pró. Luis Bonaparte decía al marqués: “No temais,” pero también le decía á la marquesa: “Confíad en mí.” La Asamblea, después de estar recelosa durante algún tiempo, se quedó sossegada y tranquila. Confiaba en el general Neumayer, “que era hombre seguro,” y que desde Lyon, donde estaba, se lanzaría sobre Paris. Changarnier decía: *Representantes del pueblo, deliberad en paz*. Luis Bonaparte pronunciaba estas famosas palabras: *Tendré por enemigo del país á cualquiera que intente cambiar por medio de la fuerza lo que se estableció por medio de la ley*. A mayor abundamiento, la fuerza era el ejército, y el ejército tenía á su frente jefes queridos y victoriosos; á Lamoriciere, á Changarnier, á Cavaignac, á Lefló, á Badeau y á Charras. ¿Podía imaginarse que el ejército de Africa se sublevará contra sus generales? El viernes 28 de Noviembre de 1851, Luis Bonaparte decía á Miguel Bourges:—*Aunque quisiera intentar un golpe no podría. Invité ayer á mi mesa á cinco coroneles de la guarnición de Paris, interrogué aparte á cada uno de ellos y me contestaron unánimemente que jamás el ejército se prestaría á ningún acto de fuerza, ni atentaría contra la inviolabilidad de la Asamblea. Podeis decirselo á vuestros amigos*.—“El se sonreía y yo también,” refería Miguel de Bourges lleno de confianza.

En el mismo mes de Noviembre, por una demanda de calumnia que presentó el presidente de la República, fué multado y condenado á prisión el director de un periódico satírico, por publicar una caricatura que figuraba un tiro de pistola y en él á Luis Bonaparte tirando á un blanco que representaba la Constitución. En otra ocasión en que Thorigny, ministro del Interior, declaró en el Consejo de ministros, ante el presidente, que el depositario del poder no debía nunca violar la ley, porque de violarla sería...—*Un bribón*, dijo interrumpiéndolo.

le el presidente. Todos estos dichos y todos estos hechos eran notorios. La imposibilidad material y moral del golpe de Estado era evidente para todo el mundo. Parecía una locura atentar contra la Asamblea nacional y disolver á los representantes. Como acabamos de decir, Charras, que sospechó durante mucho tiempo, estaba ya tranquilo. La seguridad era completa y unánime. Estábamos bien. En la Asamblea algunos dudábamos y movíamos la cabeza con desconfianza, pero nos tenían por imbéciles.

## II.

Paris duerme; campanillazo.

El 2 de Diciembre de 1851, Versigny, representante de la Haute-Saone, que vivía en Paris, calle de Leoni, número 4, dormía profundamente; había pasado gran parte de la noche trabajando. Versigny podría contar unos treinta y dos años; era rubio, de rostro espresivo y de espíritu valeroso, y se consagraba á los estudios sociales y económicos. Dedicó las primeras horas de la noche á estudiar un libro de Bastiat, que iba anotando; cuando le entró el cansancio, dejó el libro abierto sobre la mesa y se quedó dormido. Brusco campanillazo le despertó de repente. Se incorporó en el lecho y vió que amanecía. Eran cerca de las siete de la mañana.

No sabiendo el por qué de visita tan madrugadora, y suponiendo que el visitante se equivocaba de puerta, se volvió á acostar, y estaba ya semidormido, cuando otro campanillazo más fuerte que el primero le despertó por completo. Se levantó en camisa y fué á abrir la puerta.

Michel de Bourges y Teodoro Bac entraron. Michel era vecino de Versigny; vivía en la calle de Milán, núm. 16.

Ambos estaban pálidos y parecían profundamente agitados.

—Vestíos inmediatamente; acaban de prender á Boune.

—Bah! exclamó Versigny. ¿Vuelve á empezar la cuestión de Mauguin?

—Peor que eso, respondió Michel. La esposa y la hija de Boune han venido á mi casa hace media hora, á decirme que han detenido á Boune en su propio lecho esta mañana á las seis.

—Qué significa esto? preguntó Versigny.

Sonó un nuevo campanillazo.

—Ahí viene el que probablemente nos lo dirá, contestó Michel de Bourges.

Versigny abrió la puerta y entró el representante Pedro Lefranc, que en efecto traía la clave del enigma.

—Sabeis lo que sucede? dijo.

—Sí; que Boune está preso.

—La prisionera es la República, contestó Pedro Lefranc. ¿Habeis leído los carteles?

—No.

Lefranc les refirió entonces que estaban fijando carteles en las esquinas, que la multitud se apiñaba para leerlos, que él imitó á la multitud, y que el golpe de Estado era un hecho.

—El golpe de Estado! Decid el crimen, exclamó Michel.

Lefranc añadió que había tres clases de carteles; un decreto y dos proclamas, los tres en papel blanco y pegados unos á otros. El decreto estaba escrito con letras muy gruesas.

A poco entró en casa de Versigny el antiguo constituyente Laissac, que traía las mismas noticias y que decía que durante la noche se habían efectuado otras prisiones.

No podían perder el tiempo. Mandaron á llamar á Ivan, secretario de la Asamblea, que nombró la izquierda, y que vivía cerca. Trataban de reunirse, de ver y de convocar inmediatamente á los representantes republicanos que no estuvieran presos.

Versigny dijo:—Voy á buscar á Victor Hugo.

Eran las ocho de la mañana. Yo estaba despierto y escribiendo en la cama. Mi criado entró asustado y me dijo:

—Ahí está un representante del pueblo que desea hablaros.

—Quién es?

—El señor Versigny.

—Que entre.

Versigny entró y me refirió las anteriores noticias. Yo salté de la cama.

Me hizo saber que estábamos citados en casa del antiguo constituyente Laissac.

—Id á avisar pronto á otros representantes, le dije.

Versigny se marchó.

## III.

Lo que sucedió durante la noche.

Antes de las fatales jornadas de 1848 la esplanada de los Inválidos estaba dividida en ocho vastos compartimen-

tos, rodeados por una valla de madera, encerrados entre dos filas de árboles y separados por una valla perpendicular á la portada de los Inválidos. Cortaban la referida calle otras tres, paralelas al Sena; se extendían por allí grandes praderas, en las que jugaban los niños. Señalaba el centro de los ocho compartimientos un pedestal, en el que en tiempo del Imperio pusieron el león de bronce de San Marcos, cogido de Venecia durante la Restauracion; una estatua de mármol blanco de Luis XVIII y donde pusieron bajo el régimen de Luis Felipe un busto en yeso de Lafayette. Como destruyó por completo el palacio de la Asambla constituyente el 22 de Junio de 1848 una columna de insurrectos, y como no habia cuarteles en aquellos contornos, el general Cavaignac hizo construir á trescientos pasos del palacio legislativo, en los compartimientos de los Inválidos, varias filas de largos barracones, en los que se podia alojar á tres ó cuatro mil hombres, y que ocuparon las tropas destinadas especialmente á defender la Asamblea nacional.

El 1.º de Diciembre de 1851 estaban acuartelados en dichos barracones de la esplanada los regimientos 6.º y 42.º de línea: el 6.º lo mandaba el coronel Guarderens Boisse, famoso antes del 2 de Diciembre, y el 42.º lo mandaba el coronel Espinasse, que fué famoso despues.

La guardia nocturna, que ordinariamente custodiaba el palacio de la Asamblea, se componia de un batallon de infantería y de treinta soldados de artillería con un capitán. El ministerio de la Guerra enviaba además algunos soldados de caballería, que destinaba á que prestasen el servicio de ordenanzas. Dos obuses y seis cañones, con sus correspondientes cajas de municiones, estaban en una plazuela cuadrada, situada á la derecha del patio principal. El jefe del batallon, comandante militar del palacio, estaba á las órdenes inmediatas de los cuestores. Cuando se hacia de noche cerraban las verjas y las puertas, colocaban centinelas, daban las consignas, y el palacio quedaba cerrado como una ciudadela; la consigna era la misma que servia en la plaza de Paris.

Las consignas especiales que daban los cuestores prohibian entrar á toda fuerza armada, exceptuando la de servicio. La noche del 1.º de Diciembre custodiaba el palacio legislativo un batallon del 42.º de línea.

La sesion del 1.º de Diciembre, que

fué tranquila y se consagró al exámen de la ley municipal, acabó tarde y terminó por una votacion. En el momento de subir á la tribuna M. Baze á depositar su voto, un representante perteneciente á la fraccion que se llamaba de los *bancos eliseos* se aproximó á él y le dijo en voz baja:—*Esta noche nos disuelven*. Todos los dias se recibían avisos semejantes, y concluyeron por no hacer caso de ellos; pero entonces, inmediatamente despues de la sesion, los cuestores llamaron al comisario especial de policia de la Asamblea, estando allí el presidente Dupin. Interrogaron al comisario, que declaró que los partes de sus agentes acusaban tranquilidad completa. Como los cuestores insistieron en las noticias que corrían, el presidente Dupin, que no habia caso de ellas, se marchó.

El mismo dia 1.º de Diciembre, hácia las tres de la tarde, cuando el suegro del general Lefló atravesaba el boulevard por delante de Tortoni, un individuo que pasó rápidamente junto á él le dijo al oido estas palabras significativas: *Las once y media noche*. En la cuestura no se hizo caso de esto, segun costumbre; sin embargo, el general Lefló no quiso acostarse hasta que pasase la hora indicada, y permaneció en el despacho de la cuestura hasta la una de la madrugada.

El servicio taquigráfico de la Asamblea lo prestaban en el interior del edificio cuatro dependientes agregados al *Monitor*, encargados de llevar á la imprenta las copias de los taquígrafos y las pruebas al palacio de la Asamblea, donde Hipólito Prevost las corregia. Prevost era el jefe de los taquígrafos, y por el cargo que desempeñaba vivia en el palacio legislativo, y era al mismo tiempo redactor del folletin musical del *Monitor*. Aquella noche habia asistido á la representacion de una obra nueva en el teatro de la Opera Cómica y regresó despues de media noche. El cuarto dependiente del *Monitor* le esperaba para que corrigiese la prueba de la última hoja de la sesion. Prevost la corrigió y el comisionado se fué. Era poco más de la una y reinaba profunda tranquilidad; todo el mundo dormia en palacio, menos la guardia.

Entonces sucedió un incidente singular; el capitán, ayudante mayor del batallon de guardia en la Asamblea, fué á ver al jefe del batallon y le dijo:

—El coronel me manda llamar; cumpliendo con el reglamento militar, os pido permiso para ir.

El comandante se asombró, y le contestó de mal humor:

—Id, pero el coronel hace mal en distraer un oficial del servicio.

Uno de los soldados de la guardia oyó lo anterior sin comprender el sentido de las palabras; el comandante, paseando de arriba á bajo, se repetía á sí mismo muchas veces:

—Para qué diablos le querrá?

Media hora despues volvió el ayudante mayor, y el comandante le preguntó:

—Qué queria el coronel?

—Nada... darme órdenes para el servicio de mañana.

A las cuatro, el ayudante volvió á ver al jefe del batallon.

—Mi comandante, le dijo, el coronel me vuelve á llamar.

—Otra vez? Es extraño! Pero id.

El ayudante mayor, entre otras obligaciones, tenia la de dar las consignas y la de quitarlas.

En cuanto salió, el jefe del batallon, que se quedó inquieto, creyó que debia dar aviso al comandante militar del palacio, que era el teniente coronel Niols; subió á su aposento y estaba acostado; la gente de servicio ocupaba las habitaciones del piso superior; el jefe del batallon caminaba á tientas por los corredores, que no conocia por ser nuevo en el palacio, y llamó á una puerta que le pareció que debia ser la del comandante militar. Ni le respondieron ni se abrió la puerta, y el jefe del batallon bajó sin conseguir hablar con nadie.

El ayudante mayor volvió á palacio sin que le viera el jefe del batallon, y permaneció durante algun tiempo cerca de la verja de la plaza de Bourgoñe envuelto en la capa y paseándose por el patio, como persona que espera á alguno.

En el momento en que dieron las cinco en el gran reloj de la torre, despertaron bruscamente á las tropas que dormían en los barracones de los Inválidos, se les dió en voz baja la orden de que tomaran las armas silenciosamente, y poco despues se dirigian al palacio de la Asamblea, con la mochila á las espaldas, los dos regimientos 6.º y 42.º de línea.

A la misma hora, de todos los puntos de Paris á la vez salia cautelosamente la infantería de sus cuarteles, con los coroneles al frente; los ayudantes de campo y los oficiales de órdenes de Luis Bonaparte, diseminados por todos los acuartelamientos, presidian la toma de armas; la caballería no se puso en movimiento hasta tres cuartos de hora despues que

la infantería, por temor de que el ruido del paso de los caballos por el empedrado de las calles despertase demasiado pronto al dormido Paris. M. de Persigny, que llevó del Eliseo al campo de los Inválidos la orden de tomar las armas, marchaba á la cabeza del 42.º de línea al lado del coronel Espinasse. Se refirió luego entre el ejército, que en el momento de salir al frente de su regimiento, uno de los coroneles vaciló, y el hombre del Eliseo, sacando del bolsillo un paquete lacrado, le dijo: "Coronel, sé que nos empeñamos en una gran aventura; pero dentro del paquete que tengo el encargo de entregaros encontrareis cien mil francos en billetes del Banco para las eventualidades." El coronel aceptó el paquete y el regimiento salió.

La tarde del 2 de Diciembre el referido coronel decia á una mujer: "Esta mañana he ganado cien mil francos y las insignias de general;" la mujer le echó de su casa.

Javier Durrieu, que refirió este suceso, tuvo más tarde curiosidad de ver y de enterarse de aquella mujer, la cual le confirmó este hecho.

En la Prefectura de policia se realizaba este misterio.

Los vecinos trasnochadores de la Cité, que regresaban á sus casas á hora muy avanzada, se fijaron en la multitud de coches que habia parados en diversos puntos, diseminados por grupos, en las inmediaciones de la calle de Jerusalem.

Desde el dia anterior á las once de la noche, con el pretexto de llegar á Paris los refugiados de Génova y de Lóndres, se situaron en el interior de la Prefectura la brigada de Seguridad y los ochocientos agentes de policia. A las tres de la madrugada enviaron á domicilio una orden de convocacion á los cuarenta y ocho comisarios de Paris y de las afueras y á los oficiales de la gendarmería. Una hora despues llegaron todos. Se les introdujo en habitaciones separadas, aislando unos de otros todo lo que fué posible.

A las cinco sonó la campanilla del despacho del prefecto, que era Maupas; llamó á los comisarios de policia uno tras otro á su despacho, les reveló el proyecto y distribuyó á cada uno el papel que debia desempeñar en el crimen. Ninguno se negó á aceptarlo; algunos hasta le dieron las gracias.

Se trataba de prender en sus propias casas á setenta y ocho demócratas influyentes en sus respectivos barrios y que pudieran ser jefes posibles de barricada;